

pero puede también ser una desventaja, o una injusticia. Sin ánimo de acusar a Urabayen de haber incurrido en ella, sí creemos poder decir que, hasta hoy, su identificación con el nativo sentimiento pirenaico ha sido más completa que su identificación con el adoptivo sentimiento castellano. No, ciertamente, por falta de amor hacia Castilla, sino por la violencia de los contrastes que Castilla ofrece siempre al extranjero, aunque el extranjero lo sea sólo de Vasconia. Es piedra de toque, Castilla, de toda blandura sentimental y de todo ideal que no arda en la llama viva de la aspiración y el amor místicos. De la dureza de las rozaduras se queja hoy Urabayen, como ayer se quejó—y creemos que sigue aún quejándose—su paisano Baroja. Sin embargo, otro paisano suyo, vasco aguerrido, don Miguel de Unamuno, llegó—y por vía de contraste: ensayos *En torno al casticismo*—, hundiéndose en las soledades y agonías del *sentimiento trágico de la vida*, hasta las más hondas e íntimas raíces del querer y el sentir castellanos: vida y arte. Si no un ejemplo, y si no un camino, es ya un precedente.

CÉSAR BARJA

UNIVERSITY OF CALIFORNIA AT LOS ANGELES

LA OBRA DE GENARO ESTRADA

El nombre de Genaro Estrada debe figurar en la lista de literatos mexicanos que comienza con Manuel Gutiérrez Nájera y termina con Castro Leal y Jaime Torres Bodet. Sin embargo, a causa de la propia virtud de su personalidad, que no se presta a entusiasmos pueriles ni a audaces clarinadas sensacionales, su nombre, como el de González Martínez, se ha mantenido en un silencio noble. A la inversa de la gran mayoría de escritores americanos, se inicia su obra con su hoy famosa antología *Poetas Nuevos de México*,¹ en que nos presenta en forma admirable la producción lírica de su patria. Después de cinco años de silencio, aparece su libro de fantasías mexicanas *Visionario de la Nueva España*;² cuatro años después su *Bibliografía de Amado Nervo*;³ un año más tarde su novela *Pero Galán*⁴ y por último en los días que corren su libro de poemas *Crucero*.⁵

Poetas Nuevos de México es la primera antología americana digna de tal nombre. Hasta entonces estábamos acostumbrados a los indigestos parnasos con que periódicamente nos regalaba la casa "Maucci" de Barcelona, parnasos en los cuales, en arbitraria

¹ México, 1916, Ediciones "Porrua."

² México, 1921, Ediciones "México Moderno."

³ México, 1925.

⁴ México, 1926, Editorial "Cultura."

⁵ México, 1928, Editorial "Cultura."

compañía, figuraban poetas excelentes al lado de detestables rimadores. Conocedor profundo de la literatura francesa, Estrada reproduce exactamente en su obra el plan de Ad. Van Bever y Paul Léautaud en su libro *Poètes d'Aujourd'hui*. Se limita así a lo puramente contemporáneo (desde Justo Sierra hasta Jesús Villalpando) y nos da sobre los poetas, interesantes notas biográficas, críticas y bibliográficas. Después de la publicación de *Poetas Nuevos de México* otros escritores mexicanos han preparado diversas antologías,⁶ pero ninguna ha llegado a superar a la de Estrada, aunque varias siguen el mismo plan. Es de notar que hasta en otros países de América el libro de Estrada ha tenido admiradores que no han olvidado su plan al preparar antologías de sus propios poetas. En efecto, si nos fijamos en las recopilaciones publicadas últimamente por Armando Donoso en Chile, Julio Noé en Argentina y Lizaso en Cuba, veremos que todos usan métodos semejantes al del crítico mexicano.

Visionario de la Nueva España es un pequeño libro de poemas en prosa, fantasías poéticas, que diría su autor. En él se evoca la vida colonial y se establece finas relaciones con la vida presente. El nombre de unos cuantos cuadros bastará para darnos una idea de los temas en cuestión: "La ciudad colonial," "El oidor," "El corsario," "El biombo," "Nocturno de San Jerónimo," "El altar churrigueresco," "La nao," "El espadero," "La gaceta," "El paje," "El barbero," etc. El estilo del libro es un tanto azorinesco, en tono menor y creemos que el ideal del poeta sería "escribir una novela sobre el breve tema de una miniatura del siglo XVII o del pañuelo de encajes de una virreina." El autor, espíritu inquieto que hoy se mete por los laberintos de unas rancias teologías y mañana se pasa horas enteras en la contemplación de una plaza cubierta por la pátina de los siglos, conoce a fondo la Ciudad de México y se deleita en evocarla en los suaves crepúsculos, tiernos de claveles y de campanas melancólicas.

Pero Galán nos trae otra vez a la memoria el estilo de Azorín; estilo amable, cortado, fragmentario, de frecuentes repeticiones fraseológicas. Es una especie de novela breve, de sencillísima trama. Pero Galán, anticuario y "chacharero," personaje colonial para quien la vida siglo veinte no existe, se enamora de Lota, mujer modernísima, con mucho de "flapper" y algo de heroína cinematográfica. Galán, cuya vida se ha reducido a correr tras de antigüallas y chucherías por los bazares y tiendas de antigüedades de la ciudad de México, se transforma a tal

⁶ Acaba de aparecer la *Antología de la poesía mexicana moderna*, editada por Jorge Cuesta, México, 1928, en la cual notamos con dolor la ausencia de Gutiérrez Nájera.

punto que en pocos días puede manejar magistralmente un automóvil. Después del casamiento, Galín y Lota hacen un viaje por el suroeste de los Estados Unidos y se detienen algún tiempo en Los Angeles. En contacto con la civilización nueva y debido en parte al espíritu de su mujer, Galín, ya en México, compra una hacienda y se dedica a las labores campestres: esto es lo que llama el autor la Aurora. Como se ve, la intriga no es digna de una novela. Estrada se aprovecha de este asunto para hacer un poco de literatura colonial. He aquí como sitúa a Galín en la época colonial:

“Vistióse fuera de la moda, con corbata de damasco, con zapatos de badana, y con chalecos de pana; sustituyó el cronómetro por el reloj de llave y se prendió a la corbata una miniatura de azulejo de Puebla; usaba antiparras con grueso marco de carey y tenaza de plata para los cigarrillos, tomaba rapé en caja de madera y escribía con pluma de ave.”

Espíritu observador y detallista, Estrada nos da exactas descripciones de los bazares mexicanos, con sus cadenas de oro, relojes, pendientes de esmeraldas, alfileres de perla, prendedores de filigrana, calabacillas, relojitos de esmalte, salseras de plata, bargueños, sofás chinos, abanicos de hueso y cuanto Dios crió. Nos habla luego del “Volador,” paraíso de los colonialistas mexicanos:

“En aquel sitio es donde, aseguran los cronistas,—los coronistas—estuvo el volador, volatín de los aztecas primitivos y cuyo terreno Hierañ Cortés legara a la ciudad de México, para que sólo tenga uso de mercado hasta la consumación de los siglos. El Volador mexicano, como el Rastro de Madrid, es el muestrario del vejistorio y de la curiosidad, mezcla de “Foire aux Puces” y de “Curio Store.” En las barracas del Volador, como en una variante del Arca de Noé, se amontonan todas las especies del hierro labrado; la cerrajería, la balconería, la lampistería; los clavos, la llave de tuercas, las herraduras, el bozal, el componedor de imprenta, el compás, el cortaplumas, el cuchillo de cocina, los tornillos, las alcayatas, el hacha, la escuadra, la plomada, el lavabo, la cuchara de albanil, el corta-vidrios, el martillo, la plancha común y la plancha eléctrica, la sierra, la alesna, la lima, el cincel, la pala, la cadena, el rastrillo, el candado, el azadón, la aldaba, las tijeras, la balanza, el molino, el candelero, las tenazas.”

Es interesante observar la impresión que las ciudades norteamericanas, en especial Los Angeles, dejan en el autor del libro, expresadas, claro está, por boca de Galín. Ferrocarriles, hoteles, Hollywood, restaurantes, tiendas, todo encuentra comentario

picante y profundo en boca del anticuario que lo mira todo con ojos coloniales pero que paulatinamente se va dejando penetrar del nuevo ambiente.

Parece que Estrada—y en esto tiene mucho en común con Anatole France—teme el enfrentarse con problemas de valor trascendental. Al entrar en California, ante la riqueza estupenda de la tierra, Galín exclama:—México irredento.

Lota por toda respuesta le aconseja que al volver a México se dedique a levantar cosechas y a construir canales en vez de poner todo su espíritu en baratijas. ¡Qué truculenta tirada no nos habría endilgado en este punto un novelista menos escépticamente fino que el señor Estrada! Sin embargo, tenuemente se insinúa en todo el libro una sana lección de patriotismo.

Crucero se titula el primer libro en verso de Genaro Estrada. La edición, con grabados de García Maroto, es elegantísima. El crucero nuevo busca rutas inexploradas hacia playas de remoto encantamiento. No siempre las encuentra y a veces se queda en alta mar, roto el ímpetu, gozando del intento. De aquí que en el presente libro, junto a poemas bellísimos, notemos algunos de bastante frágil hechura, en los cuales el poeta se enreda demasiado en los hilos de las últimas redes poéticas que nos llegan de Francia. Debemos declarar ante todo que no simpatizamos en absoluto con las modas poéticas de última hora y que a las acrobacias gráficas de los poemas modernísimos preferimos la “Silva a la Zona Tórrida” de don Andrés Bello. Y esto es mucho. Hacemos esta afirmación para ser justos en este caso de Genaro Estrada. Pero si no aceptamos las imágenes demasiado violentas ni los desmembramientos arbitrarios de estrofa y verso, en cambio nos gusta el conceptismo sano que se observa en algunos poemas de este libro (*Crucero*). De vez en cuando el análisis y la tortura interior nos convierten al poeta teórico en un hombre que sufre y entonces le admiramos (“Vigilia”). Pero como la poesía no necesita ser dolor vivo ni alarido, al encontrarnos con una miniatura tan pura como “Joya” nos damos el placer de repetirla:

Entre las valvas de mis manos
una perla, tu mano,—
rosa, con orientes azules,
temblaba por el agua marinera.
Oprimida con ansia propietaria
la coloco en mi pecho, en el centro,
corbata o alfiler, adorno siempre,
mecida por el ritmo de mi pecho;
o luce, rosa con oriente perla,
flor festival en mi desierto inerte.

A pesar de todas las novedades y los juegos de colores no puede negarnos Estrada que es un admirador de nuestra fresca poesía popular y que más de una vez ha bebido en las aguas cristalinas de nuestro "Romancero." Así nos lo demuestra al escribir:

Ya no pasarás, amiga,
cantando por estas lomas,
ya no pasarás.
El trébol de cuatro hojas
acabado se te ha
por siempre jamás.

Y estamos por decir que por estos rumbos encontrará el poeta su camino de Damasco. Su "Queja del perdido amor," de inspiración netamente castiza, es para nosotros lo mejor del libro y digna de figurar en selecta antología:

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

Mi sortija, la mía,
era mi compañera,
a volver a encontrarla
las cosas que yo diera,
de volver a tenerla
un momento siquiera,
de llevarla en mi mano
lo que yo la dijera;
era toda de plata
mi sortija primera,
pero tanto valía
como puede cualquiera.

¡Qué diera por alcanzarla
para volverla a llevar!
¡Tortuga que estás adentro,
subelá.

En el pozo se cayó una tarde.
¡Ay de mí, quién la sacará!

Crucero, a pesar de cierta irregularidad de formas, es un libro de fino artista. No hallamos en él las empalagosas lamentaciones románticas de algunos modernistas ni la facilidad mecánica de versificación de que hacen gala nuestros poetas americanos. Tampoco cae en los excesos de abultada originalidad a que nos

quieren acostumbrar los escritores de estos diez últimos años. Es un placer no encontrar en un libro de versos palabras como "tanque," "hélices," "avión"; "arcos voltaicos," "policromías," etc.

Hemos mencionado ya las diferentes fases de la obra de este escritor mexicano; nos queda por señalar su amplia y profunda cultura que le hace andar como en propia casa por las literaturas inglesa, norteamericana, francesa e italiana. Como crítico ocupa, al lado de Alfonso Reyes, el lugar más alto en las letras de su patria; como evocador de motivos coloniales es único (a menos que Julio Torri siga cultivando en silencio tan hermoso género) y como poeta busca su camino entre la serenidad profunda de González Martínez y el radicalismo estético de López Velarde y de Tablada.

ARTURO TORRES-RIOSECO

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

JOSÉ EUSTASIO RIVERA

It was the last Saturday of November when José Eustasio Rivera called me up to let me know that copies of the fifth edition of his book *La Vorágine* had just come off the press. With the boyish enthusiasm so typical of him he told me that the first two copies were on their way to Colombia, carried by the aviator Méndez flying from New York to Bogotá. A week later Rivera was dead, and the ship bearing his body reached his homeland before his book, for Méndez's plane was damaged while landing at Panamá. Rivera's shockingly sudden death had all of that tragic element that he had seen connected with anything that had touched the jungles of the Amazon even marginally; and the dark, mysterious forces he had sensed so clearly lurking in those inscrutable shadows seem to have reached out to claim him just as he felt that the jungle always, sooner or later, claims those who have violated its solitude, usurped its privileges, defied its terrors.

José Eustasio Rivera was born in Neiva, Colombia thirty-eight or forty years ago.

Neiva is some hundred and fifty miles south of Bogotá as the crow flies, and it was in the capital that Rivera received his higher education and his legal training. Here too, he began to participate in the politics of his country, his abilities and charming personality soon bringing him the high honors of the leadership of his party and the presidency of the senate. He served too, as secretary to several Colombia embassies and was appointed